

## LA CUESTION PALESTINA HOY

Todo el mundo interesado en estas cuestiones está de acuerdo en que la llamada cuestión palestina es una cuestión crucial en el conjunto de las relaciones internacionales y con la que juegan las dos superpotencias. Los intereses de éstas y subsidiariamente la de los bloques que rigen, los de los países árabes, individualmente considerados y en conjunto y, por supuesto, los intereses de Israel y los del pueblo palestino, cuyos inalienables derechos grita a todos los vientos, son demasiados para que haya una solución que no lesione permanentemente de algún modo a alguno de los dos principales protagonistas ni que, en el caso de lograr un mínimo de aceptación, se realice a corto plazo.

Esta cuestión, que se arrastra, prácticamente a lo largo de todo el tiempo que va de siglo, ha tenido una serie de vicisitudes, conocidas de todos los lectores de esta revista y que tienen sus hitos básicos en: la Declaración Balfour de 1917, la concesión del mandato sobre Palestina a Inglaterra, tras la primera guerra mundial, la emigración masiva judía de los países del centro y este de Europa, en la época hitleriana y después de ella, y el programa Biltmore adoptado en Nueva York en 1942, la partición decretada por la ONU en 1947 y las campañas de los países árabes contra Israel en 1948, 1956, 1967 y 1973. Hasta el momento de desencadenarse esta campaña, la política de Israel fue de arrogancia y expansión, apoyada por prácticamente todo el mundo occidental, excepto España, y ayudada a ultranza por los Estados Unidos. La Unión Soviética ha jugado un papel ambivalente, pues si bien ha proporcionado material de guerra y asesoramiento militar a los países árabes, ella fue decisiva en la creación del estado judío, toda vez que este hecho le permitía intervenir decisivamente en los asuntos de tan crucial zona, paso terrestre a Africa y salida marítima al Indico.

La campaña citada de 1973, llamada por los judíos Guerra del Iom Kippur y por los árabes, Guerra del Ramadán, ha señalado un cambio radical en la posición de los antagonistas, y por eso creo conve-

niente examinar, aunque sea someramente, los intereses enumerados antes del estallido de ese suceso.

Empecemos por los palestinos, principales víctimas de esta tremenda lucha y de los que todo el mundo intenta aprovecharse. De siglos ocuparon el territorio, donde los judíos han creado luego su estado, siempre con una tolerancia absoluta hacia las tres religiones que en él tiene Lugares Santos.

La desgraciada resolución citada de la ONU les quitó el 56 por 100 del territorio con sus partes más fértiles y las campañas del 48 y del 67 hicieron que lo perdieran todo, saliendo de su país expulsados del mismo masivo modo que habían entrado los judíos y siguieron entrando a partir de esa fecha. Esto ha hecho que este pacífico pueblo y de dulces maneras, haya caído en la desesperación y odio más intenso que le ha llevado a veces a cometer actos de violencia inauditos, condenados por gran parte del mundo occidental, mundo que a su vez por influencia del sionismo y sus poderosos medios de información y propaganda, le ha negado hasta el carácter de pueblo nacional. La misma resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas del 22 de noviembre de 1967, no habla de ellos como miembros de una entidad nacional sino como simples refugiados<sup>1</sup>.

El negar que exista el pueblo palestino, como hizo Golda Meir, al decir que eran sirios, aludiendo a que, durante el período otomano, formaban parte de esa *vilaya* (región o provincia bajo el mando de un gobernador), no tiene ningún sentido, pues tampoco existiría entonces un pueblo libanés, ni uno jordano, ni otros. Todos son árabes, por su cultura, que tampoco podemos decir lo sean por raza, pero las circunstancias históricas han creado una entidad regional apta para transformarse en nación, conforme el tiempo establezca la diferenciación. Cuantas naciones se han creado en tiempos recientes de un modo completamente arbitrario siguiendo las fronteras colonialistas. Cuando Turquía perdió la guerra y la zona del mundo árabe bajo su dominio se partió en tantas colonias, mandatos y protectorados, que se repartieron Francia e Inglaterra, los conflictos surgieron en esas futuras entidades nacionales con vida propia. Los notables palestinos protestaron por la Declaración Balfour y por la inmigración judía creciente, y en 1936 se revolvieron contra las autoridades del mandato. Tres años duró la revuelta en la que tuvieron nada menos que 3.000 muertos y más del doble encarcelados. En estos tempranos tiempos ya podemos decir que estaba formada su conciencia de na-

1. «A just settlement of the refugee problem», dice la resolución.

cionalidad palestina tanto como podía estarlo la de un irakí o un sirio, dentro de un conjunto árabe que englobaba a todos, sin que se tratara de «árabes» solamente, sin ninguna diferenciación. Después del éxodo de 1948, que comprendió a cientos de miles, con la unión de la Faja de Gaza a Egipto y de la ribera occidental del Jordán a Jordania, la propaganda israelita tendió a presentar al mundo occidental la imagen de árabes refugiados que debían integrarse en sus países hermanos, los cuales tenían suficiente espacio para acogerles y no quitar a Israel un porcentaje de territorio tan sumamente pequeño en el conjunto y que era la tierra de sus antecesores. Hacía correr, asimismo, la citada propaganda, la idea de que los países árabes, por razones políticas, se negaban a acoger a los refugiados que malvivían en las fronteras de los estados limítrofes, en campamentos a expensas de la UNRWA y transformados en campos de desesperados. Esto no es exactamente cierto. Los países petrolíferos ricos han acogido e integrado a muchos de los huidos, pero éstos nunca se han olvidado que son palestinos y su más intenso deseo es volver no sólo a su tierra sino a su casa, que fue la casa de sus padres, si no se la han dinamitado. Respecto a los países pobres, como Siria, Líbano o Jordania, en los que se encuentran la mayor parte de los refugiados, porque quieren estar cerca de su tierra, tienen grandes dificultades para absorber población porque tienen una explosión demográfica, o porque tienen desempleo, o porque desequilibran, como ha pasado en el Líbano, la estabilidad existente entre dos comunidades religiosas que aspiran a las máximas ventajas para la suya, y siempre está latente la tensión. Todos ellos, los relativamente integrados y los no integrados, sienten su conciencia de nacionalidad y lo sintieron más al llegar a la sensación de que la acción de sus naciones hermanas árabes no les devolvería su territorio y menos aún cuando estas mismas vieron cercenadas partes del suyo tras la guerra de 1967, conocida con el sobrenombre de Guerra de los Seis Días. Esto me lo han dicho muchos, por no decir todos, los palestinos con quienes yo he hablado de este tema aquí y en los países árabes, durante muchas horas de conversaciones íntimas, en el trabajo o en familia. Su idea es que sólo ellos podrán reconquistar su tierra. Que en ellos está el empeño, la voluntad y la decisión última. Los demás les ayudarán, y algunos se opondrán incluso, pero el «Volveremos» es suyo.

Así surgió el FATAH (siglas de derecha a izquierda, como se escribe en árabe, de *Haraka at tahrir al falastini*, Movimiento de Liberación Palestina), dirigido por Yasir Arafat tras la conquista de la Faja de Gaza en la campaña de 1956 y con la finalidad de crear un

estado palestino laico-democrático en el que tendrían cabida judíos, cristianos y musulmanes en pie de absoluta igualdad. En 1964 crearon su organización paramilitar, *Al Asifa*, y en 1965 iniciaron sus acciones de hostigamiento y sabotaje, destinadas a crear un clima de inseguridad en Israel y a provocar acciones que pudieran traer la guerra entre Israel y los estados árabes. Las represalias israelíes sobre sus estados vecinos y su amenaza a Siria trajeron la movilización de Egipto y el cierre del estrecho de Tirán, con el fulminante ataque israelí en 1967 que trajo una humillante derrota para los países árabes. De las consecuencias de esta guerra para Egipto ya he hablado en un artículo anterior<sup>2</sup> y ahora voy a extenderme un poco en lo que supuso para el movimiento de resistencia palestino. El resultado fue, para éste, una exaltación de su patriotismo y una consiguiente mayor resolución en la acción de sus distintos grupos, especialmente del Fatah, un poco oscurecido hasta ese suceso por la acción de Nasser que había canalizado, prácticamente, la oposición a Israel. Los otros grupos, además del citado que comenzaron a salir a luz, en el conocimiento de la opinión fueron el Frente Popular de Liberación (FPLP), de orientación marxista, es decir, que el estado laico y democrático para Palestina era marxista en su versión, dirigido por el doctor Georges Habash, el Frente Popular Democrático para la Liberación de Palestina (FPDLP), dirigido por Nayef Hauatme y el llamado Fuerzas Revolucionarias de la Guerra Popular de Liberación (Saiqa), creado en Damasco bajo el patrocinio del Gobierno baasista sirio y dirigido por Zuhir Mohsen. El año 1969 el Gobierno Irakí, es decir, la otra rama del Baaz, creó el Frente de Liberación Árabe (FLA), siendo el representante de su Comité ejecutivo Abdel Uhab al Kaiali y otros de menos importancia fueron el Frente para la Liberación de Palestina (FLP), el Frente Revolucionario para la Liberación de Palestina (FRLP), el Frente Árabe para la Liberación de Palestina (FALP), el Frente Nacionalista para la Liberación de Palestina (FNLP), el Bloque de Comandos Palestinos, la Organización de Acción para Apoyo a la Revolución, el Frente de los Revolucionarios Palestinos, la Organización de la Juventud Revolucionaria Palestina y otra serie más que, según Kanafani, ya en 1964 sumaban unos cuarenta grupos<sup>3</sup>, con un total de unos 40.000 hombres dedicados a la lucha activa.

La acción de todas estas organizaciones, algunas verdaderamente ínfimas, con sus mandos independientes, con sus apoyos exteriores

<sup>2</sup> F. FRADE: «La política, paso a paso, de Anuar el Sadat», REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL número 143, enero-febrero 1976, p. 71.

<sup>3</sup> GASAY KANAFANI: Suplemento de *Al Muharrir* dedicado a Palestina, 30 diciembre 1973.

también independientes y algunas claramente al servicio de los fines particulares de otros gobiernos árabes, pecaba de indisciplinada y dispersa. A esto había que añadir que para operar en el interior de Israel, tenían que hacerlo desde bases exteriores, principalmente jordanas, que estaban sujetas a cortapisas por el temor que en su Gobierno inspiraban las amenazas y represalias del Gobierno israelita, siempre terribles. Se puede preguntar entonces qué papel jugaba el organismo superior que parecía debía unificar la acción de todas esas organizaciones, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), creada ese año de 1964 bajo la dirección de Ahmed Chucairi. Vamos a intentar una explicación. La creación de ese organismo obedeció, en última instancia, al deseo de personas representativas palestinas, más bien moderadas y casi todas pertenecientes a medios intelectuales, de tener un organismo propio que representara el ansia del pueblo palestino de liberación de su patria ocupada, separada de otras acciones de liberación de territorios ocupados árabes en general. Cuando en 1948 se vieron masivamente expulsados del territorio donde siempre habían vivido para pasar a la situación de refugiados en los países vecinos, es natural que experimentaran una tremenda nostalgia y unos intensos deseos de volver, pero su organización política apenas existía y «su liderato tradicional, comprendido el Comité Superior Árabe, dirigido por el Mufti de Jerusalén, con pérdida de prestigio y de moral, debido a los desastres de 1947-48. Además, en los países a los cuales se habían exiliado no fueron capaces de llenar el vacío por las dificultades de organización, debidas a su dispersión y por estar sujetos a las leyes y regulaciones de los países en los que se habían reasentado, que no tenían interés en alentar una organización política nacional separada»<sup>4</sup>.

La idea básica que fue surgiendo entonces fue, como decimos, actuar dentro del seno de los movimientos árabes que tenían por fin la liberación del colonialismo, del imperialismo y del sionismo. A través de la liberación de la nación árabe se liberaría la patria regional palestina, es decir, adaptación a las ideas imperantes que presidieron la creación de la Unión Socialista árabe egipcia o el *Baaz* sirio e iraquí, etcétera. La ruptura de la unión sirio-egipcia en la llamada República Árabe Unida—el más alto resultado del nacionalismo panárabe y al que los activistas palestinos se habían ligado—fue una desilusión respecto a la posibilidad de una unión árabe. La independencia argelina

<sup>4</sup> RASHID HAMID: «What is the PLO?», *Journal of Palestine Studies*, vol. IV, number 4, Summer, 1975, p. 91.

en 1962 fue un impulso a la idea de que ellos también podían conseguir recuperar su patria por su acción, sin esperar a la unión árabe, presentándose entonces por los citados intelectuales la liberación de Palestina como un paso vital hacia la total regeneración árabe. En este momento otro hecho contribuyó a incrementar la necesidad de una acción bien conjuntada para contrapesar las iniciativas israelíes respecto a Palestina: Fueron los planes israelíes para desviar las aguas del río Jordán. Nasser convocó en 1963 a todos los reyes y presidentes de naciones árabes a reunirse en una conferencia cumbre para discutir la citada cuestión, que consideraba como una parte de la batalla por la liberación de Palestina. Esta conferencia cumbre, que fue la primera, se celebró en El Cairo el año de 1964, y en ella se adoptaron «las resoluciones prácticas necesarias para prevenir el peligro sionista existente en los aspectos técnicos y defensivos y para organizar al pueblo palestino de modo que fuera capaz de llevar a cabo su papel de liberar su patria y determinar su destino»<sup>5</sup>.

La conferencia, asimismo, encargó al representante de Palestina en la Liga Árabe, Ahmed Chucairi, recorriera todos los países árabes para convocar un Congreso Nacional Palestino en Jerusalén en mayo de 1964.

No vamos a entrar en detalles de las gestiones, sino sólo decir que el Congreso, para determinar el Consejo, se formó principalmente a base de notables palestinos, algunos de los cuales eran miembros del Parlamento jordano, hasta un total de 422 miembros. Pertenecían principalmente a las clases medias de funcionarios públicos, profesores, personalidades religiosas, abogados, ingenieros, hombres de negocios y, en menor cantidad, campesinos, jefes de organizaciones obreras, representantes de los campos de refugiados, estudiantes y mujeres (de éstas había diez y de los líderes obreros, doce). La crítica general fue de que era poco revolucionario y activista, pero quizá el sentimiento prevalente fuera el temor a que quedase inmovilizado por los gobiernos árabes para no romper el status-quo árabe-israelí. Por eso la Oficina política de la acción unida de las fuerzas revolucionarias palestinas declaró el 24 de ese mismo mes que ellos no seguirían la línea del Consejo. La citada Oficina política se componía de las principales fuerzas revolucionarias palestinas creadas hasta el momento, es decir, el FATAH el FLP, el FRLP, el Bloque de Comandos Palestinos, el FALP y el FNLP. También se atrajo el citado Consejo la oposición de los sectores tradicionalistas palestinos ligados al Comité Superior Pales-

<sup>5</sup> Ministerio de Orientación Nacional de la RAU: *Malaf Uazaiq Filastin* (Documentos sobre la cuestión palestina), El Cairo, 1969, vol. II, p. 1373.

tino, y las manifestaciones de éstos fueron aún más tajantes, pues en una declaración hecha cuatro días después de la anterior dijeron «que había evidencia que la finalidad de la propuesta entidad palestina era la liquidación de la causa palestina bajo la cubierta de un cuerpo palestino»<sup>6</sup>.

A pesar de estos ataques, el Consejo siguió adelante en su labor, y en su sesión final, el 1 de junio de 1964, se había llegado a la adopción de una infraestructura que comprendía los campos político, militar, administrativo y financiero de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), que hacía de este organismo un cuerpo separado dentro del conjunto árabe, que tenía por finalidad la citada liberación. El Consejo Nacional era, dentro de la organización, su cuerpo último soberano, y como constitución básica se promulgó una Carta Nacional y una Ley Fundamental, redactadas bajo la guía y las ideas de Chucairi, que fue nombrado presidente de la Comisión ejecutiva compuesta por quince miembros investidos de amplios poderes. Asimismo se acordó el establecimiento de un Fondo Nacional Palestino para recoger las contribuciones financieras de todos los palestinos y un cuerpo armado llamado Ejército de Liberación Palestino (ELP).

Los años que median entre la creación de la OLP y la guerra de los *Seis Días* son de esfuerzos por parte de esta organización para atraerse a las ramas palestinas disidentes, notablemente el FATAH y el FPLP del doctor Habash, y de lucha contra Jordania para conseguir que permitiera alojar al ELP y poder efectuar acciones de guerrilla contra Israel. El rey Hussein no se mostraba muy dispuesto a esa pretensión, por pensar que una organización patrocinada por los regímenes radicales árabes sería un peligro para su reino.

En diciembre de 1966 anunció Chucairi la sustitución del Comité Ejecutivo de la OLP por un Consejo revolucionario que asumiría la responsabilidad de preparar al pueblo para una guerra de liberación, pero la verdad es que la acción de Chucairi abundaba en manifestaciones jactanciosas, en contraste con su falta de acciones prácticas, puesto esto de manifiesto durante la citada guerra, y no consiguió acreditarse entre los palestinos. Mucho menos entre las organizaciones citadas, que pidieron su dimisión, avalada por siete miembros de la propia OLP, presentándola, tras un período de forcejeo, en diciembre de dicho año de 1967.

No mejoró la situación de la OLP con el sucesor de Chucairi, a pesar de crear una unidad guerrillera denominada Fuerzas Populares

<sup>6</sup> Aparecido en *Filastin* núm. 40, Beirut, 1 de junio de 1964. Citados ambos por RASHID HAMID, *op. cit.*, pp. 95-96.

de Liberación (FPL), el cual tuvo que avenirse a negociar con las organizaciones de guerrillas citadas, ocho de las cuales habían constituido una oficina permanente<sup>7</sup> en 1968. Al final se llegó a un acuerdo por el cual se concedió a los comandos la mitad de los cien escaños de que constaba el Consejo Nacional, con lo que se reconocía el prestigio y la representación conseguida por dichas organizaciones guerrilleras ante el pueblo palestino. Este prestigio creció tras la batalla de Karame, llevada a cabo en marzo de 1968 por los comandos palestinos, auxiliados por unidades del ejército jordano—lo que prueba que a la hora de la verdad todos son hermanos— contra una fuerza israelita atacante, y entonces se vieron con fuerza para pedir a los gobiernos de los estados que rodeaban a Israel libertad de acción para actuar contra este país y apoyo al ELP con una acción de éste, independiente de otros intereses árabes que no fueran los palestinos. Rechazaron, por último, la resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, debido a no hacer referencia a los palestinos y a sus legítimos derechos.

A partir de este momento el dominio de las organizaciones de comandos dentro de la OLP se hizo manifiesto y en la asamblea tenida en febrero de 1969 por el Consejo Nacional Palestino se eligió al jefe del FATAH, Yasir Arafat, presidente del nuevo Comité Ejecutivo, siendo dicho grupo el que contó con más miembros en el Consejo, pues de los 105 que componían éste, 33 eran del FATAH, y el siguiente grupo, el FPLP, sólo tenía 12, lo mismo que Saiqa, alcanzando los independientes 28 escaños. Estos independientes pertenecían a toda la población palestina de todas partes y eran seleccionados por una comisión especial del Consejo Nacional después de amplios e intensos contactos con las comunidades de todas partes.

En el momento actual la OLP está articulada en la forma siguiente: Consejo Nacional, Comité Ejecutivo, Fondo Nacional, Ejército de Liberación y varios organismos dedicados a los asuntos sociales, educativos y de información. Examinémoslos aunque sea someramente.

El Consejo Nacional es el equivalente al parlamento de un estado, habiéndose elegido sus miembros por una comisión del anterior, tras consultas a todas las organizaciones de comandos, profesionales, obreras y hasta palestinos individuales. Es la suprema autoridad en la formulación de la política y otras actividades de la organización y se reúne dos veces al año. Dentro del Consejo Nacional hay una Oficina

---

<sup>7</sup> Estas organizaciones fueron: FATAH, Vanguardias de la Guerra de Liberación, Frente Popular Palestino, Frente de Liberación Palestina, Organización para el Apoyo de la Revolución, Frente de los Revolucionarios Palestinos, Organización de la Juventud Palestina y Organización de Comandos de Vanguardia.



Presidencial y Consejo Central. La primera se compone del presidente, dos vicepresidentes y un secretario, elegidos por sus miembros. El segundo, encargado de implementar las resoluciones del Consejo Nacional, se compone de 21 miembros, distribuidos del siguiente modo: FATAH, cuatro; Saiqa, dos; FPLP, dos; FPDLP, dos; Frente Árabe de Liberación, dos; Sindicatos de trabajadores, seis; Independientes, cinco. Su jefe es el mismo que el del Consejo Nacional.

El Comité Ejecutivo, elegido por el Consejo Nacional entre sus miembros, es un embrión del gobierno del futuro estado palestino. Aquéllos, en número de 15, se dedican exclusivamente a esta labor y sus funciones principales son: representar oficialmente al pueblo palestino, supervisar la labor de los diferentes organismos de la OLP, promulgar directrices y programas y llevar a cabo la política financiera de la OLP, preparando el presupuesto. Hay carteras de defensa, asuntos exteriores, información, educación, finanzas y, en fin, de todos los aspectos que comprende un gobierno nacional.

El Fondo Nacional obtiene sus ingresos, en primer lugar, de un impuesto que pagan todos los palestinos en cualquier lugar que se encuentren, y, después, a través de contribuciones financieras de los gobiernos árabes—unas como donación y otras como préstamos—y de otras naciones amigas. El presidente del Fondo, elegido por el Consejo, forma parte del Comité Ejecutivo, eligiendo éste los restantes miembros del Consejo de Administración hasta un total de 11.

El Ejército de Liberación es una fuerza militar regular que actúa coordinada con el Mando Árabe Unido. Se compone de tres contingentes principales, totalizando entre 6.000 y 10.000 hombres, principalmente pertenecientes a unidades de infantería, formándose sus mandos en las escuelas militares de los países árabes. El primer contingente se encuentra en la frontera de Egipto con Israel; el segundo, en Irak, y el tercero, en Siria. En 1970 participó, al lado de las unidades de guerrillas, en la lucha contra el ejército jordano, que no deseaba la actuación de éstas de forma tan independiente como lo hacían, por considerarlas un peligro para su seguridad, y en 1973, en la guerra del Ramadán, en los frentes egipcio y sirio.

Los organismos sociales que hemos citado en último lugar comprenden principalmente los campos de la educación, la sanidad y las organizaciones del trabajo. Están repartidas en los distintos países árabes que acogen a los palestinos y tienden a dar una conciencia nacional palestina y a defender a sus connacionales ante los gobiernos árabes donde residen. La OLP tiene un centro de investigación establecido en

Beirut, para el estudio de la cuestión palestina, que publica todos los años muchos libros y publica también una revista mensual, *Chuiun Filastiniia* (Asuntos Palestinos); un periódico diario, *Filastin az Zaura* (Palestina Revolucionaria), y también una agencia de noticias, la *WAFSA*.

El cambio de jefatura de Chucairi a Yasir Arafat supuso el cambio en la dirección de la OLP a favor de elementos más progresistas y con formación cultural más importante que los pertenecientes a familias notables, que hemos dicho acompañaron al primero de los citados personajes. También supuso un avance grande en la afirmación de su identidad respecto a su reconocimiento, no sólo de los estados árabes, sino de todo el mundo, cosa que quedaría bien de manifiesto después de la guerra de 1973, en las conferencias árabes de Argel y de Rabat y en la memorable sesión de las Naciones Unidas en 1975, en la que se reconoció la legitimidad del movimiento palestino, al recibir con un gran aplauso a su jefe, Yasir Arafat, con los honores de jefe de Estado. Pero no se debió el cambio en el reconocimiento a la OLP y a los derechos del pueblo palestino sólo al cambio de las personas en la jefatura de la organización, sino que se debió también, y muy principalmente, al cambio de la situación en Oriente Medio y en el conjunto de la estrategia mundial. En lo que se refiere a la libertad de actuación de la Organización, ese cambio comenzó a manifestarse de un modo notable tras la guerra de los Seis Días, al ocurrir el doble hecho de la debilitación de los estados árabes desde los que la OLP actuaba, y con ella menos capacidad de influir en sus decisiones tendentes a implementar sus fines revolucionarios y el de la desconfianza dentro de la OLP de que los estados árabes fueran capaces de liberar Palestina. La tremenda derrota sufrida por éstos y su consiguiente baja de moral no les dejaba muchas opciones para mantener el hostigamiento contra su rival, salvo las acciones de guerrillas e incursiones esporádicas, en las que la OLP era lógico tuviera un papel de primera fila, favorecida por el hecho de tener ahora bases amplias de operaciones dentro del interior de su enemigo, al haber caído en manos de éste las importantes y pobladas zonas de la faja de Gaza y la orilla occidental del Jordán. Es decir, que hubo un paso adelante en el reconocimiento de la OLP como entidad independiente, representativa del pueblo palestino y de la reivindicación de sus derechos con acciones más firmes, y con ello una mejor organización dentro de las naciones hermanas en que se movían. Hubo también más libertad de movimientos para pasar de unas o otras y para emprender acciones desde las bases

en sus territorios, pero hubo también algo que empezó a ponerse en contra de sus fines maximalistas de redención de su patria ocupada, y esto fue la tendencia de Egipto y Jordania a considerar una solución pacífica en el conflicto, reflejado en su aceptación del Plan Rogers<sup>8</sup>, quizá como un primer paso constituido por la liberación de los territorios ocupados y luego, desde una posición de fuerza, entablarse la batalla final. Esto lo explica muy bien Ronald Mac Intire en un artículo publicado en la revista *Journal of Palestine Studies*:

«Desarrollos interrelacionados e igualmente significativos de este período (1967-70) fueron los movimientos que se generaron en el interior de Egipto y Jordania para una solución pacífica del conflicto con Israel. La aceptación de Nasser de la Resolución 242 del Consejo de Seguridad (noviembre de 1967) implicaba que los árabes aceptaban, por lo menos, permitir a Israel vivir en la región como un estado independiente soberano, supuesto que se retirara de todos los territorios ocupados en la guerra de los Seis Días. Mientras, la cuestión palestina se relegó y se quedó bajo el epígrafe de "una solución justa al problema de los refugiados". De hecho, el principal estado árabe estaba preparado para resolver la cuestión palestina con Jordania, Líbano, Siria o Israel (posibilidad la más remota) a cambio de paz. Y aunque Nasser ciertamente se reservara el derecho de reanudar la lucha militar, haciendo suponer que su aceptación de la Resolución 242 del Consejo de Seguridad había sido por razones tácticas, la introducción de la opción de paz dentro de la existente estructura de poder árabe-israelí implicaba una virtual liquidación de las metas revolucionarias de la OLP. En muchos aspectos la formulación de una nueva meta revolucionaria (1969) —el estado secular democrático de Palestina<sup>9</sup>— proporcionaba nuevas opciones tácticas para oponerse a la paz bajo la base de la Resolución 242 o a los planes de paz del rey Hussein, que incluían la incorporación de la orilla occidental del Jordán en el reino de Jordania. Sin embargo, ni siquiera la flexibilidad táctica del estado democrático secular, por muy llamativo, humanitario y justo que fuera, no podía obviar el hecho de que el clima que permitió a la OLP crecer en su organización y extender sus opciones sobre muchos centros poseía también peligros inherentes para el movimiento. La imposición de la Resolución 242 a través del acuerdo de las superpotencias era como poner una cuña entre los estados fronterizos en base a una estrategia

<sup>8</sup> Cf. F. FRADE, artículo citado, p. 77.

<sup>9</sup> En este estado democrático laico está prevista la coexistencia de judíos, cristianos y musulmanes. Aunque el fin de la OLP es acabar con el estado sionista, no lo es expulsar del nuevo estado a todos los judíos sin discriminación, y, además, los que hayan de quedar lo harán con todos los derechos.

militar coordinada. Siria e Iraq adoptaron una postura intransigente respecto a cualquier acomodo político con Israel bajo las existentes líneas de arreglo. Jordania y Egipto se inclinaron hacia opciones no militares. Ciertamente que, al final de los sesentas, estas divisiones eran frecuentemente mudas y poco claras, pero la intención de los principales estados árabes de considerar el reconocimiento de Israel, con la posibilidad para otros de no tener más remedio que seguir esa alternativa, dejó a la OLP con una tambaleante base desde la que operar»<sup>10</sup>.

Vemos por todo esto que la excesiva libertad de acción de las organizaciones palestinas y mucho más la de las más revolucionarias en su ideal, como las dirigidas por el doctor Habash y Nayef Hauatme, era incompatible con la soberanía que los estados árabes deseaban mantener en su territorio y con el deseo de adopción de algunos de ellos de opciones más flexibles respecto a su política en relación con Israel, como era el caso de Jordania y también de Egipto. Es decir, que si los estados dentro de los cuales actúan organizaciones palestinas son fuertes, como es el caso de Irak y Siria, aquéllas no tienen más libertad de acción que la que dichos estados le permitan, y si son débiles—caso de Jordania y Líbano, expuestas además a tremendas represalias—ponen o intentan poner toda clase de cortapisas a su libertad de movimiento dentro del país, a que sus componentes vayan armados en zonas urbanas y a la clase de acciones a emprender contra Israel. Esto iba a tener un dramático énfasis en la confrontación surgida en septiembre de 1970 entre los *fidaiin* y el ejército jordano. Para el rey Hussein, el ideal revolucionario de los grupos palestinos, en especial los dos citados, era una amenaza mayor para la supervivencia de su régimen que la del estado sionista, y por eso lanzó a su ejército contra ellos, infligiéndoles un severo castigo y privándoles de sus bases de operaciones y de su cuartel general en Ammán. Esto obligó a Nasser a hacer un esfuerzo de mediación, pues se había producido una incursión siria en Jordania y una amenaza de intervención de Israel y Estados Unidos. A ambos les dijo que no podrían desembarazarse unos de otros en el corto plazo que le aseguraban y que tenían que existir juntos. En la conferencia cumbre que Nasser convocó en El Cairo ese mismo mes consiguió, poco antes de morir, el acuerdo para el cese de la lucha entre Yasir Arafat y el rey Hussein, cosa que al comenzar las sesiones parecía imposible, pues nada más entrar Hussein en la sala Yasir Arafat se levantó y señalándole con el dedo dijo: «Ahí tienen a

<sup>10</sup> RONALD MC INTIRE: «La Organización para la Liberación de Palestina. Táctica, estrategia y opciones con vistas a la Conferencia de paz de Ginebra», *Journal of Palestine Studies*, volumen IV, núm. 4, Summer, 1975, pp. 73-74.

ese criminal. Primero nos mata y ahora se presenta aquí»<sup>11</sup>. La paciencia de Nasser y sus dotes de persuasión, apoyado por el rey Faisal de Arabia Saudita, consiguió lo que pareció un milagro a todo el mundo.

Pero no eran sólo los condicionamientos que los demás estados árabes ponían a la política y estrategia de la OLP, sino los derivados de sus diferencias internas, que se complicaron cuando en julio de 1971 la OLP trasladó su cuartel general a Beirut, al implicar a los grupos de *fidaiin* en la rivalidad, primero sorda, luego abierta, entre los grupos confesionales libaneses, que iría creciendo después de la guerra de 1973, y de la afirmación de los derechos de la OLP ante el mundo, subrayada en la citada reunión de la ONU celebrada en septiembre de 1974.

De este modo retrata Eric Rouleau, profundo conocedor de los problemas de Oriente Medio por sus largos años en la región como corresponsal de *Le Monde*, la situación del movimiento palestino tras la citada confrontación con el régimen hachemita:

«La resistencia palestina, ahora desvanecida, comenzó a declinar. Liquidada en Jordania, controlada en Siria, restringidos sus movimientos en Líbano y abandonada por Egipto (después de la muerte de Nasser), su ausencia se hizo aparente en los territorios ocupados por Israel. En el otoño de 1972, Abu Ayad, el segundo en el mando de Al Fatah, declaró que la resistencia se encontraba amenazada de un colapso total.

La represión ejercida por Israel, aunque menos brutal que la llevada a cabo en Jordania, fue, sin embargo, no menos efectiva. Entre la guerra de los Seis Días y el 31 de diciembre de 1971 las autoridades israelíes pusieron en prisión o sentenciaron a penas de larga duración a más de 5.000 palestinos, dinamitaron —por vía de represalias— miles de viviendas árabes, deportaron a cientos de activistas e infligieron penas colectivas (en términos económicos y de regulaciones policiales) a muchos dentro de la orilla occidental, la faja de Gaza y Jerusalén»<sup>12</sup>.

Como las cosas iban mal, las divisiones en el seno de la resistencia se hicieron ostensibles, agravadas por las existentes en los demás países árabes y por la pesada labor de éstos de reconstrucción de sus fuerzas armadas destruidas. Estas divisiones, aprovechadas y fomentadas magníficamente por sus enemigos sionistas, no sólo dentro de su territorio, sino en todo el mundo occidental, para ganarse a éste por medio de una acción psicológica perfectamente estudiada, hicieron que

<sup>11</sup> MOHAMMED HAYCAL: *Los documentos de El Cairo*, Lasser Press, Inc., Panamá, 1972, p. 15.

<sup>12</sup> ERIC ROULEAU: «The Palestinian quest», *Foreign Affairs*, enero de 1975, p. 277.

lo único que les quedara por recurrir fueran las acciones terroristas ciegas que, aunque justificables a los ojos árabes por la desesperación y para llamar la atención de un mundo que les negaba sus más elementales derechos, reflejaban su impotencia y contribuían a un mayor aislamiento en ese mundo cuyo apoyo necesitaban. Esto quien primero lo vio fue Anuar as Sadat, y por eso trató siempre de arrastrar a su punto de vista a Yaser Arafat y a Hafed al Asad.

Para muchos autores, especialistas en estos temas, la causa fundamental de la parálisis palestina a que se llegó en este momento, así como de los fracasos de los países árabes en conjunto, fue la utópica política que Eric Rouleau llama en su citado artículo del «todo o nada» dirigida a servir el fin estratégico de destruir el estado sionista y reemplazarlo por una Palestina democrática y reunida. Esto excluía la utilización de los movimientos diplomáticos, aparte de desgastar inútilmente al movimiento al intentar conseguir un fin inalcanzable por la fuerza.

La situación iba a cambiar notablemente después de la guerra del Ramadán en 1973, en gran parte por la acción del rey Faisal, de Arabia Saudita, principal poseedor de las riquezas petrolíferas mundiales, con su amenaza de embargo, que afectaba grandemente no sólo a Europa occidental, sino a los propios Estados Unidos, obligados cada vez más a depender de dicha materia prima.

Pero no obedecía sólo a este temor la causa de la acción mediadora de los Estados Unidos para conseguir el alto el fuego y que llegó a los acuerdos interinos establecidos entre Egipto e Israel tras la subsiguiente «diplomacia viajera» del doctor Kissinger. Nada acaba de verse claro, especialmente en lo relativo a la capacidad de resistencia de ambos adversarios, y quién hubiera resultado más perjudicado si la guerra hubiera continuado. Pero lo que no cabe duda es que ninguna de las superpotencias deseaba su prolongación, quizá por no verse demasiado implicadas en ella, que les costaba demasiado en armamentos y material que tenían que reabastecer a toda prisa y un posible peligro de confrontación directa. Además, para Estados Unidos, el tener que defender a Israel a ultranza, si las cosas le iban mal, suponía enajenarse la amistad de los árabes que hasta entonces se la habían mostrado, con gran perjuicio para sus intereses e influencia en la región. Para la URSS, es obvio que, debido a su estrategia defensiva de potencia continental, si no puede reducir una región de su borde en tributaria, su ideal es mantenerla dividida, y para esto y conservar su influencia le interesa que Israel no desaparezca y, por su-

puesto, le interesa grandemente mantener la hostilidad palestina árabe. Así el 12 de octubre de 1973, el diario *Pravda* incluía un aviso a Egipto y Siria en el que se decía que el apoyo de la URSS a sus acciones estaba limitado estrictamente a la recuperación de los territorios perdidos en 1967 y que el acuerdo que preconizaba reflejaba los derechos e intereses de todos los pueblos de la zona, incluido Israel con sus fronteras en esa fecha<sup>13</sup>.

Respecto a los palestinos, su apoyo al establecimiento de un estado propio lo fue de un modo más resuelto que nunca lo había sido hasta ese momento, y su reconocimiento a Yasir Arafat como representante más caracterizado del movimiento de liberación palestino quedó sancionado con la visita que éste hizo a Moscú en noviembre de 1973, rematada, por primera vez, con un comunicado oficial—aunque la visita no había sido oficial—en el que, también por primera vez, afirmaba el Gobierno soviético que «seguiría su asistencia continuada y apoyo a la lucha del pueblo árabe de Palestina por sus legítimos derechos nacionales»<sup>14</sup>. En ocasiones anteriores había aludido cuando más a «los legítimos derechos», pero no a los nacionales como siempre los palestinos proclamaban en sus manifestaciones. Por su parte, la OLP expresó su voluntad de cooperar en un arreglo político de la cuestión. El reconocimiento de la URSS a Yasir Arafat como representante del pueblo palestino se confirmó en la invitación, esta vez oficial, por parte del gobierno y de la secretaria del partido que se le hizo en julio de 1974 y tras la cual se instaló una misión de la OLP en Moscú. Para dejar bien sentada la cuestión, el embajador ruso en Beirut hizo una declaración en nombre de su gobierno en la que decía que consideraba a la resistencia palestina como la representante legítima de su pueblo y a la OLP como su único portavoz y que utilizaría todos los medios a su alcance para asegurar la representación del pueblo palestino en la Conferencia de Ginebra si aquélla lo deseaba<sup>15</sup>.

Con esta actitud la URSS recuperaba en el conjunto del mundo árabe la influencia que había perdido respecto a Egipto y mantenía en primer término el problema más acuciante de la cuestión de Oriente Medio. Con ella obligaba, asimismo, a los estados árabes a manifestar de un modo claro su apoyo a las organizaciones palestinas y, en fin de cuentas, distanciarlos de los Estados Unidos, totalmente comprometidos con el estado sionista. Que esto es lógico lo demuestra el

<sup>13</sup> Citado en *International Herald Tribune*, 13-14 de octubre de 1973.

<sup>14</sup> Agencia Tass, 28 de noviembre de 1973. Recogido en *Soviet World Outlook*, University of Miami, vol I, núm. 2, 13 de febrero de 1976, p. 5.

<sup>15</sup> RONALD MAC INTIRE, *op. cit.*, p. 83.

hecho de que antes los estados árabes no habían reconocido a la OLP como la única representativa del pueblo palestino. Esto sucedió primero en la Conferencia de estados árabes que tuvo lugar en Argel del 26 al 28 de noviembre de 1973 y se confirmó en la cumbre árabe de Rabat celebrada en octubre del siguiente año, donde amigos y aliados del rey Hussein, como eran el rey Faisal de Arabia, el de Marruecos, Hassan II, y el emir de Kuwait, Sabah as Salem, respaldaron, junto con los demás jefes de estado, a Yaser Arafat. No cabe duda que era una manera de no dejar que cayera totalmente en la órbita de la potencia comunista, aparte de las razones que Eric Rouleau da en su citado artículo de que el rey Hussein se había desacreditado a los ojos de los palestinos por su pasividad en la guerra de octubre y que los jefes de estado árabes ya no le consideraban capaz de negociar en Ginebra un acuerdo duradero. Tampoco los jefes de estado árabes querían adquirir difíciles compromisos sin la garantía de la parte más interesada en la que además había líderes palestinos dispuestos a participar en las conversaciones bajo ciertas condiciones.

Tras esta conferencia, el diario *Nuevos Tiempos* de Moscú decía que en Rabat se había llegado a una plataforma política común desde la que el pueblo árabe y sus amigos se hallan en buena posición para asegurar con su lucha los legítimos derechos de los palestinos árabes, incluido el derecho a un hogar nacional y ensalzaba la importancia de la misma en relación con la lucha antiimperialista. Ideas que encuentran eco en la declaración que Yasir Arafat hizo en una interview ante radio Moscú en noviembre de 1975, en la que decía que estaba orgulloso de sus relaciones porque las consideraba estratégicas no tácticas y que estaban fundadas en la comprensión y en la unidad de fines en la lucha contra el imperialismo, el sionismo y el colonialismo<sup>16</sup>.

Este decidido apoyo de Moscú a la OLP se debió, en parte, a su pérdida de influencia en Egipto, como he dicho, pero también a su deseo de poner obstáculos en la política *paso a paso* iniciada por el secretario de estado americano en colaboración con Anuar as Sadat y el rey Faisal. Para Moscú la cuestión debe arreglarse en la Conferencia de Ginebra decidida al final de la guerra de 1973, y en ella deben participar los palestinos como miembros de pleno derecho. A esto se oponían Israel y Jordania, ésta, hasta que se celebró la conferencia cumbre árabe de Aabat citada, en la que el rey Hussein

---

<sup>16</sup> *Soviet World Outlook*, p. 5, número citado.



no tuvo más remedio que aceptar la decisión de sus hermanos jefes de estados árabes.

Por su parte, Kissinger ha evitado, en los pasos andados hasta ahora, este crucial problema. El primer paso fue la separación de fuerzas tras decretarse el alto el fuego; después vino el acuerdo interino, avanzando las fuerzas egipcias hasta los estratégicos pasos de Mitla y Yiddi, y consiguiente reapertura de un canal libre de fuerzas. El siguiente paso en Sinaí podría ser el llegar hasta Bir Gafgafa y Charm ech Chej, para lo cual los israelíes no se conformarán con menos que el fin del estado de beligerancia y su reconocimiento como estado, pero ¿cuándo y cómo se llevaría a cabo la entrega del Golán a Siria y qué se haría en la cuestión palestina, con algo que satisficiera a la OLP (no hablo de las organizaciones pertenecientes al Frente de rechazo, retiradas del Comité ejecutivo en septiembre de 1974, encabezadas por el FPLP) a Jordania, y sobre todo a Israel? Centrándonos en la cuestión de los territorios palestinos ocupados en 1967, el problema es sumamente complejo y difícil de resolver para los israelíes, pues aunque se decidieran a devolver la faja de Gaza, la orilla occidental del Jordán y la ciudad vieja de Jerusalén ¿cesaría el hostigamiento palestino contra su territorio teniendo en cuenta el ideal proclamado por la OLP del estado laico democrático a que hemos hecho mención?

Para tener una idea de lo que estaría dispuesto a devolver Israel, si es que piensa devolver algo, hay que pensar qué es lo que cree necesario conservar para tener la seguridad mínima que desea. Si piensa que ésta reside en disponer de la mayor cantidad de espacio posible para retrasar al máximo un avance por sorpresa en dirección a sus zonas, corazón protegido por los accidentes de terreno más adecuados para apoyar en ellos su defensa e instalar sus sistemas de alarma, entonces es que no se fia en absoluto de la buena fe de sus adversarios ni tampoco de las garantías que puedan ofrecerle las superpotencias y los organismos internacionales. En ese caso dudo mucho que esté dispuesto a devolver ni siquiera la zona dicha del Sinaí. Entonces estarían en lo cierto los que dicen que la política del paso a paso ha sido una habilidad de Kissinger para escamotear a los árabes los resultados que esperaban de su éxito en la guerra de 1973 y un esfuerzo deliberado para ganar el tiempo que Israel necesita para fortalecerse, debilitando a un tiempo a sus enemigos y el mundo occidental para dejar de depender del petróleo árabe. Esta idea la ha expresado el mismo jefe de gobierno israelí, Ishak Rabin, en una en-

trevista concedida al periódico *Al Haarez*, de 3 de diciembre de 1975, y en la que decía que la estrategia israelí estaba dirigida a ganar tiempo hasta que Occidente superara su dependencia del petróleo árabe. De esto se deduciría entonces que tanto Kissinger como los dirigentes israelitas favorables a esta política, creerían que si no surge otro octubre de 1973—cosa poco probable—los dirigentes árabes se enzarzarán en querellas internas, que los países ricos se dedicarán a disfrutar de sus riquezas mientras los pobres verán crecer sus problemas y los palestinos acabarán por tener una ayuda, de tipo casi nominal, que alargaría indefinidamente la situación de otra nueva época de «ni guerra ni paz». No digamos que no hay bastante de esto en el panorama actual del mundo árabe, manifestado de un modo sangrante en la lucha que se lleva a cabo en Líbano, donde la organización palestina Al Saiqa, junto con otras fuerzas del ejército sirio, apoyan a la comunidad cristiana maronita en contra de los izquierdistas musulmanes y de las organizaciones guerrilleras palestinas y donde el diario egipcio más importante acusa a Hafed Al Asad de estar de acuerdo con los maronitas y con Israel para repartirse el país<sup>17</sup>. Como dice Fuad Ayami, «los árabes, atormentados con estos problemas internos se olvidan de Israel, excepto para retóricas ocasionales y a su tiempo quizá capitular y aceptar realidades políticas»<sup>18</sup>.

Si se decide a devolver algo, porque los Estados Unidos presionan lo suficiente para que así sea, bien por temor al embargo del petróleo que los estados productores se vieran obligados a decretar o por una decidida acción soviética que pusiera en peligro la paz del mundo, ¿qué es lo que devolvería? Ante todo nada devolvería, según manifestaciones repetidas de sus dirigentes, sin terminar el estado de guerra. Para Rabin, en su última entrevista a un corresponsal de la revista *Newsweek*, el siguiente paso, después del acuerdo interino sería «seguir con las negociaciones para acabar con el estado de guerra entre los estados árabes e Israel»<sup>19</sup> y para llevar a cabo la abrupta transición de la guerra a la paz considera debe haber acuerdo sobre tres cuestiones: La naturaleza de la paz, las fronteras y la solución de la cuestión palestina. Esta enunciación es realmente un avance en relación con el criterio que tenían sus antecesores en el mando sobre los palestinos, pero, respecto al segundo punto, insiste en que, en contra de la posición árabe de que deben retirarse de cada pulgada de

<sup>17</sup> *Al Ahram*, 23 de mayo de 1976.

<sup>18</sup> FUAD AYAMI: «Between Cairo and Damascus, *Foreign Affairs*, vol. 54, núm. 3, abril 1976, página 458.

<sup>19</sup> «A conversation with Rabin», *Newsweek*, 3 de mayo de 1976, p. 16.

tierra conquistada en la Guerra de los Seis Días, Israel no puede retirarse a líneas que no sean defendibles.

Del criterio dicho de los radicales árabes, de que la política del paso a paso es una habilidad de Kissinger para impedir un acuerdo total y evitar la creación de un estado palestino, participa el presidente sirio Hafed Al Asad, cuya creciente influencia en el mundo árabe se va imponiendo, en detrimento de la del líder egipcio Anwar as Sadat. En el mismo número de la revista citada, su corresponsal, Arnaud de Borchgrave hace un resumen del pensamiento del presidente sirio, y además de la afirmación antedicha sobre la política paso a paso, expone su creencia de que Israel desea anexionarse la orilla occidental del Jordán para impedir el establecimiento de un estado palestino en esta zona y advierte que sin tal estado un acuerdo negociado de la crisis de Oriente Medio se hace imposible. Cree también que la actuación del Servicio secreto israelí impide perspectivas inmediatas de paz en Líbano, cuyo conflicto entre musulmanes izquierdistas y cristianos cumple con la misión de ganar tiempo para Israel. Cuanto más dure esta crisis, afirma el presidente sirio, más consolidará Israel su ocupación sobre la orilla occidental y sospecha que las ambiciones israelíes no se detendrán en la citada orilla occidental, ya que su aliento a la división del Líbano en un estado musulmán y otro cristiano, le proporciona un pretexto para anexionarse el sur del Líbano hasta el río Litani. Según él, el curso de la acción en Oriente Medio debería seguir los cuatro pasos siguientes: Primero, se debe negociar un compromiso en el Líbano en el que no aparezcan ni vencedores ni vencidos. Segundo, todas las partes, incluyendo a israelíes y palestinos, deben reunirse en Ginebra para negociar un acuerdo total. Tercero, los Estados Unidos deben presionar a Israel a que acepte el estado palestino, y cuarto, debe haber un calendario prefijado para alcanzar el acuerdo<sup>20</sup>.

Creo yo que es en el marco de estas ideas en el que hay que examinar la intervención de Siria en Líbano y su aproximación al rey Hussein que, por otra parte, podría suponer un inicio de resurrección espiritual de la Gran Siria.

Con un conflicto *in crescendo* que oponía a los maronitas, detentadores del poder en el Líbano, los musulmanes, adscritos en su mayoría a las ideas izquierdistas y apoyados por los palestinos de la OLP, preponderantemente también musulmanes y afines en ideas, Israel se frotaba las manos y contribuía a la prolongación de dicho conflicto.

<sup>20</sup> Ibidem, *The way it looks to Asad*.

Teóricamente los maronitas, aun sin quererlo, tenderían a ser sus aliados tácticos. En esto creo yo radica la intervención de Hafed Al Asad: Quitar los maronitas a la influencia israelí. Entonces se presenta la siguiente situación:

- Aproximación del régimen izquierdista sirio al del rey Hussein, que, a su vez, tiende una mano a la Unión Soviética.
- Aproximación del mismo a los conservadores falangistas libaneses maronitas y defensa de los mismos ante los ataques de las fuerzas izquierdistas libanesas y sus aliadas palestinas.

Esto trae como consecuencia:

- Protesta y repulsa de la OLP—y de los izquierdistas musulmanes—con el apoyo de Egipto, Libia, Irak y Argelia, principalmente, por la intervención de tropas sirias.
- Consiguiente intervención de la Liga Árabe, con envío de fuerzas de los tres últimos países citados y de Arabia Saudita y Sudán.

Los palestinos tras estas intervenciones quedan más controlados para sus acciones bélicas, lo que permite un mejor clima para las negociaciones por vía diplomática, que desea principalmente Estados Unidos y también la URSS. Se quedaron sin bases en Jordania, ahora prácticamente no podrán usar las del Líbano, pero sí podrían actuar en Ginebra.

Antes de pasar a examinar las perspectivas que ofrece a los árabes, y muy especialmente a los palestinos, la tan traída y llevada Conferencia de Ginebra, veamos, aunque sea someramente, la cuestión de las tan debatidas fronteras seguras y reconocidas que tan angustiosamente exige Israel y cuyo derecho le reconoció el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en su famosa declaración de noviembre de 1967.

Es esta una cuestión en la que los israelíes se obstinan para devolver el mínimo terreno a cambio de su reconocimiento como estado por sus adversarios y quedándose en el interior del país con el mínimo de población palestina árabe posible. Ahora repiten lo que habría pasado en octubre de 1973 si el ataque árabe se hubiera lanzado a partir de las fronteras existentes antes de junio de 1967. Puede que habría resultado más lesivo para sus intereses, o puede que no, y que se hubiera repetido lo que sucedió en ese citado año, porque habrían estado más atentos y habrían desvalorizado menos a los árabes que

lo hicieron en 1973. Al abrigo de la línea Bar Lev, doblada por el obstáculo natural del Canal de Suez y tras varios años de ni guerra ni paz, que atribuían a la poca calidad de las tropas árabes, no creyeron que éstas se decidirían nunca a saltarse aquéllos.

Ahora bien, si, después de esto, han cedido hasta los pasos de Mitla y Yiddi, ¿qué más les da ceder hasta las fronteras de antes de junio de 1967 si de este modo, con esta masiva cesión, complementada con la ayuda de Estados Unidos a Egipto, económica y tecnológica, obtienen una ventaja política importante? De Yiddi y Mitla a Bircheba no hay realmente obstáculos naturales de importancia, el obstáculo se encuentra en el valor y capacidad táctica de sus tropas y mandos, y muy especialmente en la superioridad aérea, que es lo que a Israel, de la mano decidida de dicha superpotencia, no le va a faltar. Lo que importa es ganarse la buena voluntad de los árabes y obtener garantías de las superpotencias a las que añadirían la desmilitarización de las zonas cedidas con una limitación de fuerzas análoga o mayor a la que ahora se ha establecido tras los acuerdos interinos de 1974 y 1975. Quedaría la cuestión, también, de los accesos al puerto de Elath, entre la que está la debatida cuestión de Charm ech Chej. Igual se puede cerrar el acceso en Charm ech Chej que en el estrecho de Bab el Mandeb y entonces no van a conquistar toda la orilla saudita del mar Rojo.

Sigamos ahora con la faja de Gaza y la orilla occidental del Jordán, territorios de los que se ha dicho que podrían servir de asentamiento a un miniestado palestino. El ideal para Israel es que los poseyera Jordania, a la que desde luego no devolvería la ciudad vieja de Jerusalén, pero después del reconocimiento de la OLP como única representante del pueblo palestino por los demás estados árabes y su acogida en la ONU de Yaser Arafat esto ya no es posible. En ambas zonas Israel ha establecido ya asentamientos de población judía traída de otros lugares, lo cual complica la cuestión, pues, hasta ahora no se ha mostrado, en absoluto, dispuesto a que desaparezcan, sino más bien al contrario, a aumentarlos. Desde que terminó la Guerra de los Seis Días hasta el momento actual, ha instalado 64 nuevos asentamientos en las zonas del golfo de Aqaba, Al Arich, faja de Gaza, orilla occidental del Jordán y Altos del Golán, la mayor cantidad de ellos en esta última zona y a lo largo de la orilla del Jordán. En la actualidad hay en proyecto la creación de 22 más y la idea, en labios de Sharon-wech, el general que cercó el tercer ejército egipcio, en declaración

hecha a un corresponsal de *News*, es traer dos millones de judíos de aquí al año 2000 <sup>21</sup>.

La implantación de estos *kibutzim* obedece, según manifestaciones repetidas de sus mandos, la última del ministro de Asuntos Exteriores, Igal Al-lon, a la citada revista, obedece a criterios estratégicos militares con el fin de dar profundidad estratégica a la defensa del territorio, pero en el plan que él mismo propuso en 1968, por el que, a cambio del reconocimiento de su estado y un tratado de paz, devolverían a Jordania la zona en la que están enclavadas las ciudades árabes más importantes, es decir Nablus, Ramal-lah, Hebrón y Jericó, el criterio, en base al instinto de defensa, era dejar a la mayor cantidad de población árabe fuera del territorio israelita, pues, conservada dentro por miedo a la reacción internacional, si se intenta expulsarla, lógicamente no podría el gobierno israelí dar a sus componentes el mismo estatus que a los judíos, por razones elementales de defensa, y con el paso del tiempo y el aumento de población, la tensión crecerá. La alternativa entonces parece ser la ocupación militar indefinida, pues la anexión, a estilo ciudad vieja de Jerusalén y la expulsión masiva de la población como la que siguió a 1948 y 1967, con sustitución por los tres millones que viven en la URSS, no es posible en las circunstancias que se han ido imponiendo. Bajo esta ocupación se va aumentando el número de asentamientos, mientras se espera que disminuya el impacto del embargo petrolífero, va aumentando la población judía y al final se devolvería ese mínimo de terreno y ese máximo de población árabe, medio millón del millón aproximado de habitantes árabes existente en las zonas citadas. Se devolvería entonces como máximo, a Egipto, la zona que va de Al Arich a Charm ech Chej, excluidos éstos, a Jordania, si posible, o a Palestina si la OLP reconoce al estado de Israel, esa orilla occidental recortada, y respecto a Siria, ciertamente es un problema espinoso porque los Altos de Golán dominan todos los asentamientos que se extienden en el valle del Hula y también vigila las avenidas que vienen de Damasco. Ciertamente no querrian devolver nada, y tan claro está su deseo e intenciones que no sólo han construido muchos asentamientos agrícolas, sino que hasta han puesto en marcha un plan de desarrollo turístico e industrial. Como los sirios tampoco accederán a que no se les devuelva dicha zona tan importante, este es el punto más duro para la política de Norteamérica de paz en Oriente Medio, pues tendrán que echar mano de todos sus argumentos y presiones para convencer

---

<sup>21</sup> *Newsweek*: «How three heroes see it», 24 de mayo e 1978, p. 20.

a los judíos a que cedan. Si para convencerles de que cedieran unos míseros kilómetros en Sinaí les ha costado muchos miles de millones de dólares y la entrega de las armas y medios de alarma aérea más modernos, no se puede ni pensar que pedirían para obligarles a ceder el Golán.

Sin embargo, hay gente en el mismo Israel que piensa que, tras tres guerras brillantes desde el punto de vista militar, con aplastantes victorias judías, ha venido una cuarta que no ha sido tan brillante, sin que las primeras sirvieran para disuadir a los árabes de emprender otra nueva, y aun podría haber una quinta y una sexta y ser victoriosas para los judíos y hasta traerse los tres millones de judíos de la URSS, sin que se sacudieran el estado de sitio que sufren, el cual estaría a cargo de unas naciones más pobladas, más desarrolladas y más fuertes, teniendo dentro de sí una población creciente en número, en hostilidad y en medios para llevar a cabo acciones de guerra especial. Aparte está el hecho de que en esa guerra próxima se decretaría el embargo de petróleo, sin que intentaran conquistar los pozos, porque se destruirían y las repercusiones para la economía occidental, incluido la de Estados Unidos, serían impensables, con una enorme ventaja para la URSS. Creo yo que, entonces, conviene adelantarse a estas previsiones y consolidar ese estado con las fronteras de antes de 1967, que tanto la URSS como Estados Unidos se han mostrado dispuestos a garantizar. Veamos en este contexto Ginebra, cuya conferencia, los que se han mostrado más dispuestos a que se celebre son Siria entre los árabes y la URSS entre los no árabes. Así las cosas, ambos deben estar dispuestos a presionar a la OLP, del mismo modo que los Estados Unidos lo harán con Israel si ambas superpotencias llegan a un acuerdo. El obstáculo mayor es la resistencia que el gobierno israelita tiene a negociar con la OLP, para ellos, hasta hace poco «una banda de asesinos» o una entidad que representa a «un pueblo inexistente». La OLP, por su parte, no estará dispuesta a presentarse como representante de simples «refugiados árabes», según señala la resolución 242 del Consejo de Seguridad, sino como un pueblo reclamando unos legítimos derechos nacionales, y en esto apoyado por todos los árabes, por las potencias socialistas y hasta por algunas occidentales, ante la presión de los países árabes petrolíferos. Son cada vez más las naciones que han admitido una oficina de la OLP en su seno, como representante de los derechos de los palestinos y cuyos puntos de vista en esta cuestión no están tan intensamente influenciados por el sionismo, como hasta 1967 lo estuvieron.

Yo creo que el mayor argumento de la URSS para convencer a la OLP de que acuda a la Conferencia de Ginebra, si la invitan a ello, es el de que sus hermanos árabes no atienden a los intereses de los palestinos en exclusiva, sino más bien a los suyos, reclamando en primer lugar los territorios arrebatados y que, aunque todos reconocen sus legítimos derechos nacionales y lo repiten en las declaraciones de sus jefes de estado, nunca han expresado de una manera clara cuál es el total alcance de esos derechos. Si llegara a celebrarse la Conferencia de Ginebra, con asistencia de la OLP, no parece lógico que ésta fuera con el exclusivo fin de reclamar el estado democrático laico famoso, comprendiendo toda Palestina, porque sabe que así no habría conferencia, sino para discutir los límites de su futuro estado que como mínimo comprendería la faja de Gaza y la ribera occidental del Jordán con un corredor uniendo a ambas y otro a Jordania. Ciertamente que sólo constituye el 20 por 100 del territorio reivindicado, pero es mejor que nada, y sería algo suyo, donde un 75 por 100 de palestinos no estarían de molestos huéspedes, como es ahora el caso del Líbano y Jordania, y quizá con el tiempo podrían unirse a Jordania en una federación. El problema sería entonces el de los asentamientos citados.

Si Israel se atreviera a devolver el Golán a Siria y el Sinaí a Egipto, hasta la línea Al Arich-Charim ech Chej, incluidos éstos para Egipto, y esas zonas dichas a los palestinos de la OLP, quizá a cambio conseguiría el reconocimiento como estado y quizá no harían falta las zonas desmilitarizadas en torno a las nuevas fronteras.

Pero, aun para este logro tan limitado, necesitan los árabes emplear todas sus energías y no dilapidarlas en sus interminables querrelas, sacrificando los intereses egoístas particulares, en lo posible, pues de lo contrario favorecen la política dilatoria de su rival y le permiten fortalecerse en armamentos, personas físicas para llenar de asentamientos las zonas fronterizas, que serán verdaderos reductos defensivos avanzados, con arreglo a las condiciones militares más exigentes.

Por eso Arabia Saudita, apoyado por Kuwait, trata de llevar a un acuerdo a los jefes de los dos estados más importantes, Egipto y Siria, y a la OLP, en la cuestión libanesa y que prosigan las negociaciones con Estados Unidos, que traigan una mayor presión de esta nación sobre Israel. Por el otro lado, la URSS presiona sobre Siria, Irak y los componentes palestinos del Frente de Rechazo para que eleven su intransigencia a lo que no sea una solución total del problema, en



la forma que ya hemos dicho y de aquí vemos la importancia capital que tiene Siria, cortejada por las dos grandes potencias y por los países árabes de signo ideológico opuesto.

¿Cuál será la posición de la OLP en esta tan compleja situación? Yo creo que de indecisión, pues, aunque en la ONU, en la histórica sesión del 20 de noviembre de 1974, Yasir Arafat declaró que el último objetivo del movimiento palestino era la sustitución de Israel por un estado palestino laico y democrático en «el que cristianos, judíos y musulmanes vivirían en justicia, igualdad y fraternidad», creo que si se le asegurara el miniestado del que hemos hablado no diría que no. Tendría que hacer frente a los del Frente de Rechazo, un 10 por 100, y a los que pudieran volver por ser de otras zonas de Palestina y literalmente no tener cabida, un 25 por 100, pero una futura federación entre Siria, Jordania y Palestina podría dar solución a esos problemas. Lo que pasa es que este proyecto quizá no gustara a otros países que no son Israel, y en un plazo menos lejano del que se necesitaría para su realización, es decir, en el inmediato para acceder a la creación de esa Palestina árabe tan recortada, será muy difícil convencer a los sionistas de dentro de Israel y de fuera.

FERNANDO FRADE

